

OTRA VEZ LA UTOPIA, EN EL INVIERNO DE NUESTRO DESCONSUELO*

Ángel Rama

No son las obras literarias escritas en el destierro por autores uruguayos, ni sus escritores, exiliados externos o internos, ni sus equipos intelectuales altamente dotados, ni sus institutos de enseñanza, ni sus editoriales, ni sus organismos artísticos, sino algo que es eso y mucho más que eso, la cultura uruguaya, es decir, lisa y llanamente, el pueblo uruguayo que la ha construido empecinadamente a lo largo de la historia y sigue siendo su original productor, la fuente viva que asegura su permanencia y su rico futuro, la que nos importa y nos acongoja en estos años duros.

Cualquier intelectual, esté hoy donde esté, en México o en Caracas, en Estocolmo o en Barcelona, en Sidney o en La Habana podrá hacer suya aquella divisa casi comercial que patentara Graham Greene, adaptándola a su circunstancia, para decir: El Uruguay me hizo, yo soy su producto, para bien y para mal; yo soy hijo de su historia y de su probada vocación de libertad y de justicia, yo he sido modelado por su inteligente educación y he sido impregnado de su sentimiento democrático de igualdad, he sido formado en el trabajo y en la exigencia con la convicción de servir a una comunidad altiva y laboriosa, he creído en su aspiración a un estado de derecho y por ser fiel a este mandato que atraviesa su historia he tratado de ampliar el reino de la justicia, del mutuo y mejor conocimiento, de la felicidad común, con los recursos a mi alcance.

Al decir todo esto se le hará patente que no está solo ni es un ser excepcional, sino que a su lado hay todo un pueblo que comparte este arriesgado sentimiento, el pueblo de la diáspora que ha repetido, aunque en un grado nunca previsto por los más astutos arúspices, el éxodo oriental que acaudillara Artigas hace más de ciento cincuenta años. No hay fuentes documentales para tasarlo con certeza, pero habida cuenta de la restringida población del Uruguay, puede decirse que aun en este tiempo de ingentes migraciones humanas no hay ejemplo igual de exilio masivo como el que ha movido a la cuarta parte de los ciudadanos uruguayos a emprender el camino de tierras extranjeras, hecho notable si se recuerda la permanente estabilidad de su población y hecho decisivo a la hora de enjuiciar la política desarrollada por la dictadura.

* Publicado originalmente en *Cuadernos de Marcha*, Mayo-Junio (1979), pp.75-81. Agradecemos a Claudio Rama, hijo del autor de este texto, quien muy gentilmente autorizó su publicación en esta revista, y asimismo, reiteramos nuestro agradecimiento al personal administrativo de la Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (Montevideo), por facilitar el acceso a los *Cuadernos de Marcha*. El trabajo de digitalización del texto estuvo a cargo de Sergio Martínez, estudiante del Magíster en Pensamiento Contemporáneo del Instituto de Humanidades de la Universidad Diego Portales.

No es la primera vez que el Uruguay padece dictaduras militares aunque es deseable que sea la última y que la lección sea aprendida por todos, en especial por quienes contribuyeron a convocar, a un lado y otro del espectro, esta máquina destructora, pero ninguna de las imágenes de Epinal que nos transmitió la época latorrista con su barca Puig y los grupos rebeldes atrincherados en Argentina y Brasil puede compararse con esta diáspora internacional que ha puesto a los uruguayos en los puntos menos pensados del mundo. Seguramente la mayoría retornará al país cuando pase, que ha de pasar, este invierno de nuestro desconsuelo, pero para quienes nos hemos acostumbrado a pensar la nación en función de su destino futuro, de su plena realización histórica, estas migraciones preanuncian ingentes modificaciones del cuerpo social y por ende una vasta reestructuración de la cultura uruguaya. No se trata meramente de la apropiación del mundo, cosa que el Uruguay hizo desde siempre siendo eso parte de su equilibrado progreso dentro de la región latinoamericana y ni siquiera que, como ya se ha adelantado, insertara su cultura dentro del gran árbol americano del que nunca estuvo segregada como lo acredita la lección de sus maestros, de Rodó a Quijano, de Zum Felde a Real de Azúa, sino de otra cosa que se aprende bien solo fuera del país, que es examinar la sociedad con objetividad y realismo, a medir sus virtudes y sus defectos, a apreciar al conjunto de la colectividad detectando sus aspiraciones y sus fuerzas, la capacidad de avance y los modos de persuasión, a comprobar sus oscuras deficiencias sin escamotearlas con generosas pero irreales idealizaciones.

Porque si hay una pregunta en la conciencia de este pueblo de la diáspora, la que muchos veces ni siquiera se formula a causa de las constricciones que los modos retóricos de la oposición establecen, es la que busca indagar el ¿Por qué? ¿Por qué se produjo esta catástrofe que no tiene igual en el siglo y medio de historia independiente del país? La pregunta que todo extranjero formula al exiliado cuanto este dice que es uruguayo: ¿Por qué ese país que todos admirábamos –y enseguida se viene el cliché de la “Suiza americana”– ese país que todos queríamos ser, se ha derrumbado de modo tan estrepitoso? ¿Cómo es posible que se transformara en esa sangrienta republiqueta latinoamericana? Pregunta ardua, esta última, para quienes pregonan con orgullo la presunta incorporación del Uruguay a un sedicente latinoamericanismo, que de hecho ha llevado a cabo en sus peores formas un grupo despreciable de militares y otro aún más despreciable de servidores civiles. Todos conocemos las múltiples respuestas y no bien comienzan a formularse detectamos a qué doctrina política y social están afiliadas. Con fatiga asistimos al debate, registrando también, por debajo de las argumentaciones, las esclerosis y los esquemas que fatalmente se posesionan de aquellos que han quedado congelados sobre la fecha de su partida, congelación robustecida por los normales procedimientos compensatorios de los estados de mala conciencia del exilio. Para quienes durante años leímos pacientemente los editoriales de *Marcha* y medimos el

progresivo derrumbe de la infraestructura económica que sostenía el bienestar mediano de la población, midiendo también la incapacidad de los grupos de poder para propiciar creativamente las transformaciones que exigía el país y conjuntamente la enajenación de las vanguardias respecto al grueso de la población por no recordar el prudente consejo de Martí (“El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes, le envuelve el enemigo de la caballería”), las respuestas son claras aunque compleja y confirman la proposición crítica, transformadora y evolutiva que la franca mayoría del país formuló en sus últimas elecciones libres y que fue arrasada por los militares y la oligarquía nativa. Confirman este texto Martí (“Nuestra América”) que debería enseñarse en las escuelas como el catecismo, repitiendo siempre su frase: “Conocer el país y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías”.

Pero al margen o por encima de las múltiples respuestas que acrediten las afiliaciones doctrinales de cada uno de nosotros, hay una pregunta que para mí se ha tornado obsesiva: ¿Por qué las formas cruentas de represión que se definen con esa cosa monstruosa que ha sido y es la tortura? El horror y la perplejidad de esa presencia inesperada dentro del orden cultura uruguayo, me ha recordado la serie de análisis de conciencia que cumplieron los intelectuales alemanes en el exilio y he sentido en carne propia su mismo desasosiego y su malestar. Si la cultura uruguaya me ha hecho a mí, ¿acaso no ha hecho también a esa falange de repugnantes torturadores que han aplicado las más atroces servicias, las han estudiado en expertas escuelas extranjeras y las han perfeccionado sobre el cuerpo de sus compatriotas? Sería un alivio postular que no son uruguayos y aun puede reconocerse una interesada voluntad de los dirigentes de la hora para comprometer a los más en esa rueda infernal que al hacerlos traspasar el río de sangre que los deshumaniza, como pensaba Macbeth, y los torna fieles servidores del despiadado sistema represivo. Pero nada podrá justificarlos y ni siquiera la más amplia y generosa reconciliación futura del pueblo uruguayo podrá tolerar ni un instante ese atroz equipo. Probablemente cabrá al propio ejército limpiarse de tales impurezas porque es él, uno de los ejércitos más dignos y respetables de América, el que ha resultado degradado por estas perversiones para las que nunca podrá valer de disculpa la fórmula “Yo cumplía órdenes”.

Forzoso es reconocer sin embargo, que tales horrores estaban inscritos en el cuerpo de la cultura uruguaya. Podrá trazarse su historia e indagarse los mecanismos que los han permitido, revisaremos su génesis dentro del clima de violencia que las mismas leyes propiciaron, pero no dejaremos de reconocer que delatan un hemisferio oculto de la cultura nacional uruguaya que ha emergido traumáticamente. Dicho de otro modo, esa cultura de la cual se puede estar orgulloso porque fue una contribución original a la global Latinoamérica, contenía y sigue conteniendo elementos destructivos, lo que, si como hemos

dicho, no se superarán estos afligentes años sin una transformación profunda de la cultura del país, tal modificación pasará obligadamente por la interrogación de los monstruos venidos de ese hemisferio para encontrar de qué modo destruirlos sin perder una energía que aun en ellos corresponde a las fuerzas profundas de una sociedad.

En el campo de la cultura, tal como nos hemos acostumbrado a percibirla en sus obras literarias, las cosas no se ajustan siempre a los esquemas operativos de la política y hemos visto fracasar muchos productos que se limitaron a aplicar sumisamente las regulaciones racionales de esta. La cultura nos alimenta como la vida psíquica entera, con su torbellino, sus contradicciones, sus pulsiones inexplicables en apariencia, la energía que mana y busca los mayores peligros como los sueños, ese modo de transitar por la gracia y por el horror o de vivir en el fuego resguardando algo intocado, esa apetencia de la alegría y del placer que avanza por tan entreverados parajes. Es ese reino confuso y nutricio el que sostiene tantos otros clarificados y es por allí que caminan los altos productos de la cultura. Ahora que estamos en el invierno de nuestra autocrítica y que por lo tanto hemos dejado de hablar como niños y de actuar como niños, podemos percibir más agudamente cuánto se simplificó nuestra cultura, cuánto se la escamoteó bajo fórmulas operativas aceptables por el campo político, en los últimos años que nos condujeron a la catástrofe y cómo hoy más que nunca, justamente porque las mismas fórmulas han de reflorar con mayor intensidad si cabe, legitimadas por las sagradas exigencias de la acción reconquistadora como antes lo fueron por las de la acción destructora, debe defenderse y encarecerse este vasto, rico, húmedo territorio de la cultura y las producciones que más auténticamente emanen de él. La atención amorosa por estas flores parece nimia e inoportuna, cuando no caprichosa y hasta antinacional para quienes están urgidos por la acción. Todos estamos urgidos por ella. Pero en ninguna situación ni siquiera en la más tensa imaginable, la sociedad se simplifica al grado de solo dejar sitio a un solo modo de comportamiento, a una sola trinchera; aún más, casi diría que hoy más que nunca es capital esta otra acción de quienes trabajan en los altos productos de la cultura. Hoy más que nunca, cuando la cultura uruguaya ha sido hasta tal punto aherrojada dentro del país, deformada y pintarrajeada con un impúdico y ridículo maquillaje, hoy que tantos auténticos creadores que aún viven dentro del país han sido silenciados y solo se oye la retórica de los mediocres vociferantes, hay que atender y agradecer a ese poeta que oye la peculiar sintaxis de la lengua en el país y se le humedece el alma cuando una palabra perdida y recuperada rueda entre la lengua extraña en medio de la cual vive, o a ese narrador que busca traducir ese sueño recurrente de una esquina de la ciudad vieja donde aúlla el viento y es difícil trepar la colina, o aspira, en una cáscara de naranja entre la yerba usada, el perfume de los barrios veraniegos que se derrumban en el calor o a ese músico que oye un ritmo o una armonía o el

chirriar de los últimos tranvías nocturnos sobre los rieles o a ese ensayista que mide los acentos de dos versos: “Y erró a lo lejos un rumor oscuro/ de carros, por el lado de las quintas...”

No, no se trata simplemente de recuperar las imágenes de la realidad perdida, aunque la cultura del exilio está poblada de imágenes estrictamente fantástica, superpuestas transparentemente sobre otras ajenas y solo parcialmente compartidas como si la máquina fotográfica nos hubiera hecho una mala pasada, que es la que nos hizo la propia historia, sino de trabajar dentro de un cauce, continuar la tarea creativa que es la única que atestigua que una cultura está viva, registrar desde luego las nuevas circunstancias y aun los desgarramientos, sobre todo, ellos, abarcar nuevos orbes, dolores y alegrías, integrándolos a un árbol que aunque desarraigado vive y se nutre de la memoria. En una circunstancia semejante, los llamó Rafael Alberti “retornos de lo vivo lejano”, pero se trata de algo más que eso: de manejar un capital rico y hoy escasamente usado en su tierra y acrecentarlo, ilustrarlo y darle esplendor, como en la divisa académica. Dentro de él ingresarán paisajes insólitos y tendremos la templada meseta mexicana, la primavera inamovible de Caracas o verdaderas y no herrerianas auroras boreales. Pero acaso ¿Tablada no había regalado a México la fantasía japonesa y Darío a todos nosotros un Versalles elegante? ¿Barrett no nos había traído un anarquismo militante y Mariátegui un comunismo vanguardista? ¿Tarsila y Rivera el encuadre cubista y Paz la meditación hindú? ¡Qué poquita cosa devienen en este momento las restricciones del nacionalismo defensivo, tan esmirriado cotejado con aquel otro, conquistador del orbe cultural, que injerta al mundo en su tronco floreciente! ¡Qué pernicioso el provincianismo que injuria a la palabra “teoría” para propiciar una “teorita” exclusivamente restringida al hispanoamericanismo!

Todo lo que sea creado en el cauce de la cultura uruguaya, viniere de donde viniere, será la cultura uruguaya y esta existirá en la medida en que sea intensa, variada, libre, combativa, en constante producción. Sin embargo, digamos desde ya, para oponernos a la subrepticia arrogancia que más de una vez hemos visto asomar en los exiliados, que esa es meramente una parte de la cultura uruguaya. A pesar de sus dificultades es la parte más privilegiada y la que tiene más responsabilidades históricas, pero no es toda ni mucho menos. Del mismo modo que hay un pueblo de la emigración y un pueblo bajo la opresión que componen, conjuntamente, la nacionalidad uruguaya, hay una cultura del exilio externo y una cultura del exilio interno. Bien sé cómo esta trabaja pacientemente en el zarzal, sé cuántos héroes y mártires ha tenido, sé de sus desmayos y ahogos y también de sus tesones y de sus forzados pactos con las constricciones del medio. De pocas cosas como de la cultura se podrá decir que es lo que hacemos entre todos, cosa que para mí, dado mi campo de trabajo, se ha tipificado en el incesante prodigio de la lengua, esa órbita de maravilla en que nos encontramos quienes hemos sido fraguados dentro de su

fluencia y nos reconocemos vecinos y prójimos, no empece nuestras diferencias de ideas e incluso de ciudadanías, porque la lengua reconstruye la historia y las formas de la convivencia. Son la complicidad semántica, la presta sensibilidad prosódica, la articulación sintáctica, merced a las cuales nos deslizamos cómodamente dentro de una sociedad como en este traje viejo y gustoso que ha tomado las formas de nuestro cuerpo. Son los hijos de una peculiaridad lingüística los que pertenecen a una misma comunidad. Y hay que decir que ella se distiende con mayor desenvoltura dentro de fronteras, pues el conjunto la robustece y la impone. Vino a verme una estudiante escandinava: había vivido dos años dentro del Uruguay, trabajando en una fábrica de artículo de cuerpo para la exportación y quería contarme una experiencia que la había transformado. Era espigadita, rubia, de ojos claros casi transparentes, una nórdica de tarjeta postal, pero cuando hablaba yo sentía que estaba frente a una experiencia de ventriloquía, porque la voz, el léxico, la entonación, las muletillas, me traían a un reo de mi barrio y, como este, ella establecía el contacto fáctico con un inicial y puntual "¡Ché loco!" que también le conozco a mi hija diplomada universitaria. No necesitaba decirme de su integración al medio, ni darme los nombres de amigos comunes, ni repasar el miedo, la aspereza cotidiana, los incesantes trucos para sobrevivir: era la voz, solo ella, la que lo decía todo, la que daba el testimonio de su integración a una sociedad dolida pero cuya autenticidad la había conquistado y había hecho de ella otra persona.

En los textos de los jóvenes poetas uruguayos, sobre los que siempre arroja una sombra la melancolía, en la euritmia de una lengua que no me exige esfuerzo de adecuación para entonarla, precisando sus significaciones con espontaneidad, así como en las páginas de los exiliados, previsiblemente más poseídos de su responsabilidad combativa pero igualmente revestidos por esta transparente protección lingüística, veo reconstruirse algo torpemente perdido y más apetecido que nunca: la unidad cultural, verdadero sustento de toda reclamada unidad política. Puedo descontar lo que en las apelaciones a esta pueda haber de estrategias partidistas y aun de insinceridad, aunque no puedo sino reconocer que es esa, si verdadera y sentida, la única formulación aceptable hoy día para quien se plantee realísticamente la necesidad de la construcción del país y su transformación. Palabra esta última que, en las tácticas y estrategias de la hora, no parece de buen uso, pero la que en toda consideración culturalista del Uruguay no puede faltar. El desastre ha sido tan grande, las pérdidas tan abundantes, la necesidad de atajar la represión tan urgente, que se ha producido una refluencia hacia las situaciones pasadas y la sola perspectiva de que vuelva a instaurarse un régimen de derecho, que la justicia funcione libremente, que los sindicatos puedan actuar y en las universidades se puede hablar, que reviva el juego político, se han constituido en metas apetecibles. Nadie podría decir lo contrario pero nadie deberá tener la

menor duda de la insuficiencia de tales demandas y de la impostergable necesidad de transformación del país, que si se desbarajustó fue a causa de los frenos puestos a esta interna y progresiva transformación y que jamás podrá repetir, como en un escenario anacrónico, las mismas situaciones pasadas, tal como si nada hubiera ocurrido. Las proposiciones concretas las harán quienes forman la mayoría de los ciudadanos dentro de fronteras, quienes han llevado el peso de la represión y promoverán los cambios. A ellos competirá esta palingenesia de la cultura uruguaya aunque el papel auxiliador de los exiliados no será escaso, sobre todo porque una de las torturantes formas de la dictadura, directa e indirecta, ha sido el aislamiento intelectual, el drástico corte con el exterior que ha llegado a extremos como no conozco en ninguna de las dictaduras latinoamericanas. Todas las formas bastardas del nacionalismo han sido puestas en práctica para deformar a la nación legítima y a sus apetencias reales y no es esa de las menores razones para redefinir el sentimiento nacional, sorteando ese provincianismo defensivo que descansa en la retórica y en la adulteración de las expansivas y abiertas tradiciones que han caracterizado la línea de avance de la cultura uruguaya.

Dentro de esta transformación, algunas tendencias ya han visto la luz. Desde luego tendremos un extenso período de “descarga” que ya ha comenzado los escritores del exilio (como puede rastrearse en los textos de Carlos Martínez Moreno, Jorge Musto, Mario Benedetti, Claudio Trobo, Eduardo Galeano entre otros), enfrentando lo ocurrido y procurando traducirlo en imágenes y en interpretaciones. Es lo que hicieron los mexicanos al apaciguarse el furor de la revolución, los cubanos después de 1959, los colombianos desde 1953 en la llamada “novela de la violencia”, los venezolanos en estos últimos años. Tendremos una larga, necesaria y ardiente literatura testimonial, que enumerará uno a uno los muertos y contará una a una las sevicias y, aunque no sea indispensable, una previsible literatura política respaldando estas obras literarias. Es tan pesada la “carga” de sufrimientos, heroísmos y luchas y tan necesaria su reviviscencia en palabras e imágenes, que las letras y las artes cumplirán, como ya lo están haciendo, la tarea catártica que necesita el angustiado corazón de la comunidad. Yo, que fui proponente en 1969 del premio “testimonial” de los concursos literarios de Casa de las Américas, no puedo ignorar la importancia de esta producción ni la demanda pública a que responde, pero, como ya entonces alerté prudentemente, no implica ninguna garantía de excelencia artística pues, como alguna vez alegara García Márquez para el caso colombiano, puede parar en un “catálogo de muertos”: bastante pocos recuerdan hoy la nutrida y exitosa serie de novelas colombianas sobre el tema pero casi nadie ignora una obra maestra como *El coronel no tiene quien le escriba*. Es cuestión de talento, sí, pero sobre todo de adentramiento en esta verdad de la cultura que es más permanente y profunda que los alegatos y los ajustes de cuentas, también útiles sin duda. Es este el misterio que les es de tan

difícil comprensión a los cuadros intelectuales-políticos, que habiendo postulado la equiparación del estrato social y cultural al que pertenecen con la totalidad nacional, infieren luego por mero silogismo que sus producciones, testimoniales de ese estrato, representan el imaginario de la nación toda, la cual es irrigada por más ríos y afluentes de los que registra el esquema racionalizado de los cuadros.

No sé que los poetas hayan acompañado esta tendencia testimonial, cosa que puede sorprender habida cuenta de la presteza e inventiva con que, aun antes que los novelistas, construyen sus visiones, pero esto puede ser atribuido a desconocimiento de mi parte acerca de una producción que surge en los puntos más dispares del globo y que no siempre está incorporada a los circuitos de distribución que la pueden transportar a la ciudad donde reside el crítico. Pero aun descontada esa dificultad, es posible comprobar que la producción literaria del quinquenio transcurrido no ha tenido entre los uruguayos la magnitud que alcanzó entre los chilenos en el mismo período. Son muchas las voces que quedaron amordazadas dentro del país, la represión se aplicó a los intelectuales con un saña solo comparable a la vista en la Argentina (Nelson Marra, Hiber Conteris, entre otros). También murieron escritores capitales del país como Roberto Ibáñez y Carlos Real de Azúa en el silencio vengativo de los poderes, muchos del exilio se vieron abocados a los mil trabajos cotidianos para ganar la vida y sostener a sus familiares, en fin, las razones son muchas para que resulte comprensible que la producción no haya estado a la altura de lo que era capaz el equipo entero reunido. La reaparición de los *Cuadernos de Marcha* podría interpretarse, desde esta perspectiva, como un esfuerzo de conjunción y de reclamado fortalecimiento del equipo intelectual disperso, tal como antes lo fue el establecimiento de nuestra comedia nacional y popular, "El Galpón", en tierras mexicanas y la tarea de los músicos (la Camerata, Viglietti, Zitarrosa, etc.).

Ha sido, en cambio, grande, la contribución del equipo intelectual uruguayo a la cultura de la lengua, en los distintos puntos en que se ha radicado, preferentemente en España y en América Latina, pero también en Estados Unidos y Europa. Fenómeno curioso que tiene que ver con una respetable formación educativa de origen, pero que solo eso no explica. En algún momento Homero Alsina Thevenet, que en este período ha producido dos importantes libros sobre cine, propuso desde Barcelona que se compusiera un diccionario de intelectuales en el exilio con información acerca de sus producciones y trabajos para las distintas culturas donde se habían insertado, proyecto irrealizable que contó con el apoyo de mi infatigable hermano Carlos, también en Barcelona, preocupados ambos de registrar la continuidad cultural, aplicada a las más diversas disciplinas y reconstruir así una cierta fraternidad que, de hecho, solo en el exilio parecía reclamarse como parte de esa aglutinación en torno a principios básicos de reconstitución nacional. Algo de eso, pero con un más concreto

propósito político, se vio en las Jornadas de la Cultura organizadas en México y en Italia en que activamente trabajó Rubén Yáñez con otros compañeros y en las reuniones universitarias efectuadas en Caracas con la dirección tesonera del exrector de la Universidad, ingeniero Oscar Maggiolo. El equipo intelectual universitario conjugó con equilibrio una tarea de signo latinoamericanista, encontrando en ella un punto de entronque válido con los países del exilio, y una tarea de movilización política que también obtuvo frecuentemente la solidaridad franca de los intelectuales de América Latina. Ya se ha dicho varias veces que los militares conservadores han fortalecido la compenetración de la intelectualidad del continente, que han ayudado a su mejor formación y ampliación de conocimientos, aunque esto venía ocurriendo hace bastantes décadas, solo que se aplicaba a los "otros" del continente y, no a los "sureños", como se había aplicado a los españoles transterrados a Hispanoamérica y ahora a los hispanoamericanos que han buscado cobijo en una España que por razones obvias no puede sino recibirlos a pensar de sus presentes dificultades. No solo el "latinoamericanismo", sino la "comunidad hispánica" que había quedado suspendida desde el franquismo y solo sobrevivía en tierras americanas, han resultado favorecidas. Una divisa que parecía extinguida, como la de Darío proclamándose "americano de España y español de América" ha vuelto a cobrar vigencia. En el mismo momento en que la tiranía acantona a la población uruguaya dentro de fronteras bloqueadas, sumiéndola en el provincianismo y en la ignorancia del vasto mundo, más intercomunicado que nunca, el pueblo de la diáspora y sus intelectuales están participando en un activo intercambio, haciendo suyos los problemas de otras comunidades, viviendo sus afanes, conociendo su historia, apropiándose de legado histórico, sirviendo a estas culturas de adopción como lo hicieron con la suya propia y aportando dentro de ellas. Si para muchos uruguayos conocer la América indígena o la América negra ha sido una revelación que sin duda los favorecerá porque les proporciona un entendimiento más cabal de la pluralidad americana al tiempo que les hace copartícipes de ricas tradiciones intelectuales y artísticas, también ha sido grande la contribución que sus sistemas de referencias y sus percepciones culturales han hecho a las respectivas zonas en que se han instalado. Para dar solo tres ejemplos de variadas disciplinas y lugares, señalaría los libros sobre España publicados por mi hermano Carlos, en Barcelona; los estudios sobre las letras mexicanas dados a conocer por Jorge Ruffinelli, en Xalapa; los montajes escénicos de Ugo Ulive en Caracas. Sé que la lista es larga pero quisiera citar, porque en algún lugar de este escrito debe aparecer su nombre, a un uruguayo que para mi generación y la siguiente, fue el reintrodutor de la presencia latinoamericana en el Uruguay: me refiero al educador Julio Castro, bárbaramente asesinado por la represión militar según todos los indicios existentes, quien a lo largo de su convivencia en México y en Ecuador en proyectos educativos internacionales, así como merced a sus viajes a

otros países del continente (Venezuela sobre todo) se constituyó en el activo difusor del pensamiento, la política y el arte de América Latina, particularmente en *Marcha* de la cual fue uno de los fundadores, concurriendo a la orientación que se había fijado el semanario, la cual nació en las heroicas reuniones de estudiantes antiimperialistas de los años veinte. Julio Castro enseñó una cosa que quienes vinimos tras él tratamos de hacer también y que seguramente continuarán, en su nombre, los uruguayos que algún día volverán al país. Y si algún día llegáramos a tener un gran Instituto Latinoamericano yo propondría que llevara su nombre.

“Los pinos nuevos”. Esta es la otra persistente obsesión, bien propia de educador y de quien cree que el bosque debe ser nuevamente plantado todos los días para asegurar el futuro. Sobre todo porque allí fueron las mayores pérdidas, allí hizo devastación la metralla, como si el solo hecho de ser joven y amar la patria fuera un delito y también porque, aunque los jóvenes siempre creen (hemos creído) que inauguran el mundo con su vida, son indispensables quienes los plantan y los riegan y los cuidan y estos también han sido diezmados. El país presencia la kafkiana situaciones de centenares de educadores, los mejores que esforzadamente se había formado, destituidos de sus cargos, condenados a actividades secundarias o a ser testigos hambreados del derrumbe educativo. Nada que me emocionara más, nada más jose-pedro-vareliano, que esa historia del profesor de la Universidad del Trabajo a quien le negaban la entrada a clases y que todas las noches saltaba por la ventana con la complicidad de sus alumnos para trabajar con ellos hasta que lo descubrían y lo echaban, hasta que podría volver a saltar por la ventana, en otra noche, y reanudaba su trabajo docente. Era su manera propia de horadar la pampa de granito, de ser fiel a ese vicio adquirido de los uruguayos: educar. Yo también, y sin temor al ridículo diría a cualquier joven que ahora vive en el exterior, como en esas recomendaciones etiquetadas de los boy scouts: adopte a un compañero del país, escríbale, mándele libros, cuénteles cosas, recorte los diarios que lee y remítale información, proporciónale textos para sus estudios, ayúdelo a crecer como libremente lo hace usted y aprenda de él cómo se crece en la patria. Porque no es bueno este tajo que ha hendido a la nacionalidad. Debemos tratar desde ahora que el cuerpo unido viva y se desarrolle lo más armoniosamente posible, debemos cuidarlo y protegerlo, porque es una cosa preciosa. Si cada ser humano es un “thing of beauty” qué decir de la nación que es “a joy for ever”!

Pienso en los jóvenes, pienso, claro está, en mis hijos. Los árboles grandes, cuando somos desarraigados, nos llevamos la tierra con las raíces. Los nuevos salen con las raíces peladas. Posiblemente arraiguen en otra tierra y tampoco eso está mal, visto que lo importante es arraigar y crecer y dar flor y fruto y hay muchas buenas tierras para hacerlo. Pero escruto con temor a aquellos que no lo hacen, que están aquí y allá, fantasmalmente, al mismo tiempo, que siguen

con las raíces peladas, a flor de tierra. Pienso en los que crecen desamparados, allá lejos. Resistirán, de eso no me cabe duda, ya sé cómo son. Soy yo quien no sabré cómo serán cuando crezcan. A un lado y otro de la frontera inaugurarán un mundo, darán nombre a las cosas de la creación pero, como hicimos todos, descubrirán que caminan a partir de otras huellas y su plena libertad no resultará entorpecida sino fortificada por esta tarea empecinada que cumple la especie. Así yo, un día, descubrí en mi camino a Pedro Henríquez Ureña a quien no pude conocer y sentí que él había dicho lo que confusamente había vivido y buscado: que nosotros los hombres latinoamericanos solo podemos existir con una viva conciencia utópica, si por ella se entiende la satisfacción de nuestros apetitos humanos y espirituales: “dentro de nuestra utopía –decía él- el hombre llegará a ser plenamente humano, dejando atrás los estorbos de la absurda organización económica en que estamos prisiones y el lastre de los prejuicios morales y sociales que ahogan la vida espontánea; a ser, a través del franco ejercicio de la inteligencia y de la sensibilidad, el hombre libre, abierto a los cuatro vientos del espíritu”.

Y comprendiendo, por haberla vivido a través de sus largos años en diversas patrias americanas, la aspiración a un universalismo que nada amputa a las energías vivas y creadoras de la nación, agregaba esta palabra que me siguen pareciendo válidas: “El hombre universal con que soñamos, a que aspira nuestra América, no será descastado: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; su tierra y no la ajena le dará el gusto intenso de los sabores nativos, y esa será su mejor preparación para gustar de todo lo que tenga sabor genuino, carácter propio. La universalidad no es descastamiento: en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones, pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de imperialismo estériles; sí la unidad, como armonía de las multánimes voces de los pueblos”.

Caracas, mayo de 1979